

El espacio festivo: del mundo rural al laberinto urbano

The feastful space: from the rural world to the urban labyrinth

Sonia J. García-García¹

Universidad Simón Bolívar, Caracas, Venezuela

sggarcia@usb.ve

<https://orcid.org/0000-0003-4688-2160>

Recibido: 3/7/2021. Aceptado: 6/9/2021.

Resumen

El objetivo de esta exposición, dar continuidad a una investigación acerca del tema de las tradiciones, sigue una metodología que une trabajo de campo, fuentes bibliográficas e información disponible en las redes. El espacio festivo, factor básico en la construcción del país y del continente junto con la religión y la lengua, va nutriendo nuestra memoria en su avance hacia la modernidad y globalización a través de un proceso de redefinición, reconceptualización y reconstrucción, según Jesús Núñez (2004). Convertida en factor identitario, la fiesta resemantiza no solo el concepto de la fiesta misma, sino el concepto de cultura. Lamentablemente los organismos del estado tienden a reducir la dinámica de la tradición a moldes burocráticos como si la cultura fuese de su propiedad, señala Guzmán Cárdenas (1999).

Palabras clave: espacio festivo, fiesta, orígenes, mundo rural, laberinto urbano, Venezuela.

Abstract

This exposition aims to provide continuity to a research on Traditions, through a methodology that comprises field work, bibliographical sources, and information available on the web. The feastful space, a fundamental factor for the construction of our country and our continent, together with religion and language, nurturing our memory in its advance toward modernism and globalization through a process of redefinition, reconceptualization and reconstruction, according to Núñez J. (2004). Thus, the feast, transformed into an identity factor, redefines not only this concept, but also the one of culture. But, unfortunately, the organisms of the state are prone to reduce the dynamics of traditions to bureaucratic formats, as if the culture were their property as Cárdenas G. (1999) points out.

Keywords: festive space, party, origins, rural world, urban labyrinth, Venezuela

¹ Profesora Titular jubilada. Universidad Simón Bolívar, Caracas. Licenciada en Letras. UCV. Magister en Literatura Latinoamericana Contemporánea, USB. Phd. en Estudios Hispanoamericanos. Universidad de Burdeos, Francia. Líneas de investigación: Cultura del Caribe y de Venezuela (Tradición oral, literatura y lenguaje); difusión en congresos y en publicaciones

Introducción

Somos un pueblo ritual. (...)

Nuestro calendario está poblado de fiestas

Octavio Paz

El espacio festivo se fue configurando en primigenios núcleos de civilización desde tiempos inmemoriales, mientras la indetenible dinámica social le iba insertando claves de lugar y tiempo. De ahí su variabilidad y constancia. Debió nacer en pequeñas comunidades rurales para satisfacer necesidades de recreación o para congregarse a la gente en torno a rogativas de salud, de protección, purificación, fertilidad, o bien para agradecer peticiones y más. Entretanto se iban configurando ritos, esencial pieza de un patrimonio espiritual y material preservado por oralidad y que fue adjuntando danzas, música, instrumentos, vestimenta ritual y lugar de reunión. Estos elementos iban absorbiendo valores, creencias, gustos, costumbres, querencias, así como trazos estéticos, de mentalidades y otros muchos. De este modo la fiesta, se convirtió en factor identitario y medular de las comunidades y se hacía cada vez más variada y compleja, mientras avanzaba hacia la modernidad y globalización gracias a procesos de *redefinición, reconceptualización y reconstrucción*, como señala el investigador Jesús Núñez (2004).

La gama resultante en la Venezuela mestiza -fiesta civil, religiosa, militar, guerrera, urbana, rural, etc.-, iba preservando incontables y valiosas señales del tránsito de lo rural a lo urbano, mientras iba sumando variantes.

Los inicios

Estos indios... son... apasionados

por el baile, alegres, sociables y hospitalarios

J.J. Dauxion

La irrupción del Almirante en nuestro continente impuso radicales y violentos cambios en todos los órdenes. Así, el llamado encuentro de tres mundos fue generando fenómenos de incalculables dimensiones, como el mestizaje que nos define en todos los órdenes. En este proceso se inserta el espacio festivo, factor civilizatorio que se convirtió en esencial pieza de consolidación del Nuevo Mundo, como evidencian muchos trazos de nuestros grupos étnicos.

El nativo

...¿qué comarca india

veremos en la que no se baile?

Fernández de Navarrete

Cronistas y viajeros destacan el espíritu festivo del aborigen, fuente de permanentes excesos que ponen al descubierto no precisamente los mejores atributos²: *"La mayor parte del año"* señala Caulín. celebran interminables bailes. Y añade Gillij: *"...sin interrumpirse ni de noche, termina de ordinariamente cuando las tinajas de chicha están vacías"*³.

La fascinación por la fiesta, alimentada desde la niñez, resultaba sorprendente para ojos y oídos del europeo, que descalifica y censura sin comprensión del *otro*. Así al baile nativo lo llama *brincos* y tilda cantos e instrumentos de *ruidosos, chillones, monótonos, melancólicos* y *lúgubres*, mientras celebra el salón del criollo, moldeado al gusto del viejo continente⁴.

2 En. De Benedittis 2002: 69: 79
3 En. Palacios 1999 p-84 y 87
4 En De Benedittis 2002, cap V.

Precisamente esa inclinación nativa por la fiesta sería puente de conquista misionera, aun cuando -observa un visitante del siglo XIX- el real atractivo del catecúmeno era el ambiente festivo y no la actividad religiosa:

*... las campanas, el canto en la iglesia, la música, las iluminaciones, la vista de los ornamentos, todo ello parece cautivar al indio, pero los sermones, el catecismo, la confesión, las misas rezadas, las abstinencias, lo aburren de modo insoportable*⁵De este modo la fiesta mostraba cómo el sincretismo entreteje esencialidades del converso con elementos de la religión impuesta:

*Los indios de los pueblos, nominalmente cristianos, todavía siguen muchas de sus antiguas costumbres; las fiestas hechas frecuentemente en honor a los santos, se mezclan con sus antiguas danzas y pantomimas*⁶

Evidentemente, el contexto festivo enmarcó incontables fenómenos, tema que requiere detallado capítulo⁷

El legado africano

Los pueblos del África de raza negra poseen en su carácter un fondo inagotable de movilidad y regocijo.

Humboldt

De igual modo, las etnias africanas insertaban, forzosamente, sustanciales componentes de su cultura en todos los aspectos del proceso que vivían en América. Así, a comienzos del siglo XIX, Humboldt (1769-1859) al mencionar su *fondo inagotable de... regocijo*, destaca el lugar que allí ocupaba el gusto festivo, que anteponía a necesidades primordiales:

*Después de haberse entregado a penosos trabajos durante la semana, prefiere el esclavo en los días de fiesta, mejor que un prolongado sueño, la música y la danza*⁸

La importancia de este factor explica el valioso legado en instrumentos, cantos y bailes de tambor de nuestra costa central, espacio que concentró una elevada población esclavizada por ser núcleo de la dinámica agrícola y comercial del país durante la Colonia. Pero la óptica eurocéntrica tildaba cuando menos de *rudas*⁹ manifestaciones a las que no encontraba ningún mérito.

Por otro lado, el referido espacio geográfico, que tenía importantes poblados, permite observar la incidencia del primordial factor económico en el tránsito de la ruralidad a predios urbanos, tema que espera detenida investigación.

El siglo XIX -momento de grandes movilizaciones en el Caribe y de fundamentales cambios para el Nuevo Mundo-, enmarcó la llegada de grupos afroantillanos que vinieron a enriquecer el patrimonio de procedencia africana en nuestro país. Esta migración consolidó dos poblaciones de esa proveniencia -del tiempo colonial y del siglo XIX-, como ocurrió en Centroamérica, pero en Venezuela la geografía puso distancia entre ambas comunidades (de la costa central a la península de Paria y a El Callao), de modo que tuvieron desarrollo independiente, otro tema por estudiar.

Aporte hispano

España, país casi único de tradiciones y bellezas populares...

Federico García Lorca

5 Depons. En De Benedittis 2002: 110.

6 Wikham En De Benedittis 2002: 113

7 Palacios 1999: 165-292.

8 Humboldt 1985 I: 426

9 En De Benedittis 2002: 63.

En cuanto al aporte peninsular, de indudable peso en el *encuentro* de los tres mundos, no recibió similar atención de cronistas y viajeros pues, obviamente, consustanciados con lo propio, lo *normal* para ellos, destacaban lo *extraño*, la novedad del *otro*, no desprovista de rechazo y censura.

Como sabemos, los primeros núcleos de mestizaje de la Tierra Firme, surgieron en la región oriental de lo que hoy es Venezuela, donde el espíritu festivo, punto de anclaje de la conquista misionera, destaca desde los primeros tiempos. En este dominio la enseñanza musical se insertó cual fructífera siembra sobre terreno abonado, como evidencian más tarde los *músicos pardos* que hicieron de Venezuela uno de los principales centros musicales del continente¹⁰. Así, el espacio festivo no solo favoreció el nacimiento de nuestras músicas y de muchos otros fenómenos, entre ellos haber propiciado, en forma inadvertida, el arraigo de diversos caracteres de nuestra civilización mestiza. El hecho tuvo notable incidencia en las vetas acriolladas que los especialistas advierten en tradiciones de la población autóctona, a pesar de su distancia geográfica con la dinámica del país. Al caso vienen La Yonna, Las Turas, el Akaatempo y el maremare, manifestaciones -respectivamente- del Zulía, Falcón-Lara, Anzoátegui. Los cambios que observó Humboldt a comienzos del siglo XIX, ya eran entonces de vieja data.

Nuestro abultado calendario festivo abunda en antiguas y arraigadas expresiones que absorbían cuantiosas claves -simbólicas, regionales, étnicas y más-, sin dejar fuera rasgos de mentalidades, que ponen en contraste al costeño (de mayor carga africana). con el llanero y el andino, por ejemplo, que llevan mayor componente nativo e hispano, respectivamente.

Pero, si bien la herencia festiva fue esencial ingrediente del alma de las comunidades, el desarrollo de ese proceso se perdió en el tiempo debido, entre otros factores, a la visión despectiva del europeo hacia el *otro*, al acentuado carácter oral de nuestro medio y a la usual inconsciencia de los protagonistas de un proceso inédito.

*Entorno rural, marco del mestizaje
La vida de cada ciudad y de cada pueblo
está regida por un santo, al que se festeja
con devoción y regularidad.*

Octavio Paz

El tejido de la nueva civilización -creencias mágicas, visión de mundo, referencias del medio y tantos otros-, se fue cimentando en un entorno *rural*, marco del mestizaje. De ahí la nomenclatura agrícola que lleva la estructura de mando de la emblemática cofradía de Diablos Danzantes: *capitán, capataz, arreador, perrero*. Nombres de igual procedencia, como era de esperar, llevan ciertos bailes -*baile del mono, baile del pato*- y músicas, ya desaparecidas, que registra Ramón de la Plaza, director de la Academia de Bellas Artes en 1883: *araguato, camaleón, guacharaca, paloma, pato*¹¹.

Así el proceso de configuración festiva daría cuenta de preferencias, recursos, mentalidades y más, de los celebrantes y del posible legado de la orden religiosa que actuaba en el lugar, tema que explicaría, en parte, la diferencia en rituales, música, instrumentos y vestimenta de una misma fiesta en distintos lugares, caso de las citadas diabladas de Corpus Christi, por ejemplo.

Nuevos tiempos

Las tradiciones nativas, censuradas por el conquistador desde los primeros tiempos, fueron apenas valoradas a comienzos del siglo XIX por el sabio Humboldt pues señala que la cultura del continente no era en realidad inferior a la europea, sino *diferente*, vale decir, que requería enfoque propio.

Pero esta brillante aseveración no tuvo inmediato eco en el estudio de un tema que aún conserva lastres de valoración colonial. Desde el momento señalado parece darse un vacío en torno al tema hasta fines del mismo siglo, cuando Adolfo Ernst (1832-1899), alemán, seguidor de Humboldt, emprendió el estudio de expresiones tradicionales, que constituyen parte de su valioso legado al país, donde

10
11

Calcaño 1980: 125.
Ramón de la Plaza 1883 "Aires nacionales" p. 1-14.

residió casi medio siglo, desde 1861. Fundador del Museo de Ciencias y de la Biblioteca Nacional, Ernst introdujo el positivismo en nuestro medio y, desde la universidad, impulsó la investigación centrada en los haberes de la tradición. Sus seguidores -Rafael Villavicencio, Elías Toro, Luis Razetti, Ramón Briceño Vásquez, Ramón Delgado Palacio, Vicente Marcano, José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado- ligados a una fundamental publicación, *El Cojo Ilustrado*¹², dieron valioso impulso al conocimiento de Venezuela.

Esta experiencia hace patentes los cambios ocurridos en el dominio festivo durante el fundamental siglo XIX, ya que se van tejiendo nexos entre las músicas del pueblo y las del medio urbano, que ofrecían diferencias entre sí, a pesar del acentuado carácter rural de la Venezuela de entonces. Así a comienzos de siglo, contrastan con el aire europeo del salón urbano, los *saraos*, *fandangos*, *sarambeques* y *bailes de monos*¹³ -términos despectivos aplicados a bailes de soldados o de pulperías amenizados por tragos y pleitos-, que acompañaban la celebración de victorias durante la Independencia. Y permanecieron largo tiempo en la periferia social, mientras los viajeros enfatizaban la música de salón y destacan la gracia, sentido rítmico y elegancia de la mujer criolla¹⁴. Pero ya hacia fines de siglo el viajero búlgaro Enrique Stanko Vraz (1860-1932) permite notar cambios de gusto al señalar contacto entre ambos ambientes, antes considerados opuestos: “*Hacia la mañana, después de la última danza y el último vals, la seriedad de los bailes de salón degeneró en una zarabanda de ‘joropos’ (...) locales, semiindios...*”¹⁵

Y, si bien las músicas del pueblo ya tenían entrada en el salón, a la vez tomaban elementos de ese espacio, intercambio que quizá tiene deudas con curiosos y amantes de músicas y bailes que observaban desde las ventanas de salones en fiesta, y quizá absorbían influencias que luego llevaban a otros medios. También debían tender puente esclavos que escoltaban a las damas para asistir a fiestas y allí, en espera del retorno, disfrutaban de músicas y bailes que reproducían a su modo, generando novedades. Entretanto, el ambiente de *chozas* y *ranchos*, de *caseríos* y *aldehuelas*, estaba presto para el baile en cualquier momento, pues no solo contaba con músicos y bailadores, sino con espíritu de *sarao*.

En cuanto a la música en sí, el término joropo fue sustituyendo usos despectivos, mientras músicos de formación académica componían joropos que se hicieron clásicos¹⁶. De este modo el tejido rural y urbano, cual vasos comunicantes, evidencian cambios de valores y de gustos en el espacio festivo del país, proyectables a otros dominios. Sin embargo, el estudio de este proceso apenas comienza a fines del siglo XIX -por influencias del observador extranjero-, y aún hoy, entre mayorías indiferentes, su estudio y análisis evidencian lo mucho que queda por hacer.

Las músicas de la tradición en el *siglo XX*. El proceso de ascenso del patrimonio nacional iniciado en el complejo siglo XIX, se fortaleció en la siguiente centuria con la invalorable actuación del maestro Vicente Emilio Sojo (1887-1974), compilador y difusor de un valioso legado tradicional al cual dio proyección al fundar y dirigir orfeón y orquesta, en la segunda década del siglo.

La posterior llegada de la radio y de la televisión al país, dio mayor amplitud a una labor que se enriqueció ampliamente con la valoración festiva realizada en la llamada *Fiesta de la tradición*, en 1948, reveladora de un patrimonio danzario apenas conocido entonces en sus puntos de origen. Ese evento tuvo inmediato eco en la actividad cultural del país, especialmente en el medio escolar, con apoyo del Ministerio de Educación a través de un organismo fundado poco después, el Servicio de Folklore, que aglutinó a un destacado grupo de investigadores de la memoria del país. Esta entidad, entre cambios de nombre y orientación, ha tenido continuidad hasta hoy.

El proceso de ascenso de la cultura popular dio invaluable frutos en la segunda mitad del siglo XX. Así, por los años 60, nuestra música llegaba a los más reconocidos escenarios del país y del exterior en voces e instrumentos del Quinteto Contrapunto, Fredy Reyna, Alirio Díaz, Simón Díaz y otros primordiales artistas, incluyendo grupos de proyección que comenzaron a multiplicarse. Sin embargo, aún hoy -hay que reiterar- nuestra rica memoria no recibe sistemático apoyo oficial ni la debida atención y aprecio por parte de las mayorías del país, en contraste con la experiencia de sociedades de alta población nativa

12 El Cojo Ilustrado (1892-1915) revista quincenal, fundamental en la consolidación del proceso cultural del país.
13 En Calcaño 1980: 57

14 En De Benedittis 2002 cap V

15 En De Benedittis 2002: 181

16 Destaca Salvador Llamozas (1854 -1940), pionero del nacionalismo musical en Venezuela. Entre joropos clásicos: Amalia, de Francisco de Paula Aguirre (1875 -1939); La musa del joropo, letra de Leoncio Martínez (1888-1941), conocido por la letra del vals Dama Antañona. Y la pieza de mayor difusión dentro y fuera del país, el emblemático joropo Alma Llanera, 1914, de Bolívar Coronado y Pedro Elías Gutiérrez (1870-1954).

-México y Bolivia, por ejemplo-, donde la creación tradicional siempre ha estado presente. En nuestro medio, en cambio, ese legado no solo ha recibido escasa atención, sino que, subestimado por una óptica colonial, aún es visto a distancia por mucha gente.

Algunos rasgos de la fiesta tradicional

Habría que comenzar por distinguir entre festividad litúrgica -celebración oficiada en el templo por un sacerdote- y fiesta de religiosidad popular, que suele disponer de dos partes: *sagrada* y *profana* (Cecilia Fuentes y Daría Hernández, s.f., pág. 74-84). La primera, la parte sagrada de la fiesta tradicional puede celebrarse dentro de la iglesia o fuera de ella, en lugar habitual; es un modo de conectar con lo alto a través de rezos, versos y cantos de salutación a la devoción celebrada. Sigue el lado terreno, baile y brindis, acompañado de escenificaciones, músicas, instrumentos y cantos sembrados por la didáctica misionera.

Cuando ambas partes de la fiesta se realizan en el mismo lugar, las separa un engranaje ritual. En el velorio de cruz, por ejemplo, el madero es cubierto por un lienzo o se le da vuelta, para colocarla de espaldas a la fiesta.

Cambios: redefinición

También la actividad de desplazamiento -caso de la procesión-, reserva espacio sagrado, que el promesero de ciertas cofradías de diablos danzantes custodia con un aparejo del medio rural, el látigo o rejo, para vetar el acceso del público.

Quien desconoce el ritual puede obviar o tergiversar normas, de modo involuntario o porque antepone otros objetivos. Un caso patente se dio, a comienzos de los 70, en un pueblo del centro norte del país, Curiepe, cuando una publicidad destinada a atraer visitantes para beneficio económico de la comunidad, resaltó el disfrute del tambor en la fiesta de San Juan Bautista, emblemática del pueblo. La publicidad atrajo una suerte de invasión del espacio *rural* por una avalancha citadina que, movida por el goce y portadora de todos los vicios de la gran urbe, desconoció la religiosidad de la manifestación (David Guss, 2005). El hecho causó tan grande conmoción en el pueblo, que debió optar por mantener la fecha de inevitable turismo y desplazar el día de celebración para la comunidad.

Otro factor en juego, la iglesia, sin cabal comprensión del profundo sentido de la religiosidad popular, llegó a considerarla *descarado pretexto* para juntar hombres y mujeres en *bailes, comidas y bebidas*¹⁷. El Concilio de Trento (1545-1563) llegó a vetar prácticas de raíz ancestral que nada lograba erradicar, especialmente en predios rurales. Sin embargo, en más recientes tiempos, la iglesia ha mostrado mayor apertura ante la religiosidad popular, con excepción de algunos curas de pueblo. Usualmente la organización de la parte religiosa de la fiesta está a cargo de la iglesia con apoyo de cofradías y promeseros distinguidos por jerarquías vitalicias en sucesiones familiares de raíz rural. El *promesero* evoca de algún modo tiempos mágicos, cuando el individuo, avasallado por la naturaleza, contaba apenas con el asidero de la fuerza divina, de allí la ingenua copla popular que repetía el campesino ante excesivas lluvias:

San Isidro labrador,/ quita el agua y pon el sol.

Las rogativas suelen generar un compromiso que el promesero debe cumplir y que suelen ir acompañadas de ofrendas. La promesa, motivación de la fiesta, logra mantener la tradición por generaciones, incluyendo la parte *profana* o social, complemento de lo *sagrado*, -en general, a cargo de una directiva- constituye una suerte de comunión de una colectividad que incluye disfrute de comidas, bebidas y a veces entretenimientos como pelea de gallos y coleos de toros que además, ponen de relieve destrezas apreciadas en el ambiente. Estas prácticas ya aparecen en fiestas antiguas, de modo que tienen raíz atávica. En nuestro medio evocan época en que a la fiesta llegaban viajeros de puntos lejanos y prolongaban la estadía por varios días, de ahí que cargaran bastimento y chinchorros, mientras el anfitrión aseguraba *suficiente cantidad de bebida*.

Los promeseros de ciertas festividades suelen adoptar vestimenta ritual, vínculo devocional que ha evolucionado de elemental indumentaria a sofisticado atuendo. En tiempos primitivos el celebrante debió improvisar trajes y adornos valido de recursos de la naturaleza: pieles de animales, hojas y tinturas que la industria ha sustituido por productos cada vez más sofisticados, atrayentes y costosos.

Todos los factores convergen en insustituibles vivencias de espíritu aglutinador e identitario, pues muchos hijos del pueblo que ya no viven en él, en vuelta a los orígenes, suelen asistir a la fiesta, suerte de refuerzo de primordiales valores sociales y afectivos. Se trata de una experiencia intransmisible, de una *vivencia que tan hondamente impresiona*, que intentar reproducirla puede tener *efecto catastrófico*, pues la réplica carece de *la fuerza sugestiva del momento*, y genera más bien una *ruptura de la unidad y coherencia ambiente-expresión-relación humana*, con todas las variantes que se quieran considerar, apunta certeramente el investigador Fernando Cervigón (1980).

Cambios a través del tiempo

Las comunidades primigenias, en natural expansión, se volvían cada vez más complejas en todos los dominios, hasta transformar *caseríos, rancherías o poblachones* en urbes de mayor o menor dimensión e importancia. Y a medida que estos núcleos crecían, se iba estrechando el espacio rural que, con la mejor de las suertes, sobrevivía en sus bordes.

Pero los cambios no son exclusivos del acelerado espacio citadino. También el medio rural -aunque más conservador-, se transforma al paso del tiempo bajo dictados de la dinámica social, económica y cultural, hasta integrar, por ejemplo, avances tecnológicos destinados a optimizar la producción para cubrir necesidades de la urbe. De modo que, si bien estamos más cerca de vasos comunicantes que de una paralizada estampa, el mundo rural mantiene un halo de saberes y autenticidad que le ganan especial valoración. Uno de sus ejes, la tradición festiva, tampoco es inmune a los cambios, de hecho, a mediados del siglo XX Venezuela inició la difusión de un patrimonio espiritual que hasta ha generado grupos citadinos que llegan a dominar técnicas de una danza primigenia, por ejemplo. Pero se trata de una apropiación limitada pues la mimesis técnica no equivale a transmisión de saberes y creencias subyacentes.

En este contexto el cultor de tradiciones se ha visto obligado a vencer una resistencia interna para trasladar rituales fuera de su ambiente y adaptarlos al medio urbano con fines de exhibición. Por esta vía, una ceremonia prestada a una atmósfera espiritual sin compromiso devocional, experimenta la paradoja de alcanzar mayor proyección pero a costa del recogimiento inherente y sentido de identidad, puesto que la gran ciudad no dispone ni del ambiente espiritual ni del espacio físico para asimilarlos, comenzando por la imposibilidad de aliar celebración de calle con tránsito citadino. En cuanto a los cambios, por supuesto incluyen la desaparición de muchas tradiciones.

Así, al correr del tiempo, tanto el medio rural como el urbano, van adoptando novedades en gustos, indumentaria, músicas, danzas, instrumentos, ambiente y demás componentes festivos, que obligan a revisar el concepto mismo de fiesta, mientras los mayores añoran el *tiempo pasado*, cuando *todo fue mejor...* En el fondo, transmitir fuentes festivas a un público citadino, apunta Jesús Núñez (2004), es un modo de:

revalorizar las culturas nativas, reconstruir costumbres, valores y creencias de los pueblos latinoamericanos y enlazarlos, dentro de un enfoque de desarrollo humano.

Pero, por supuesto, no es acto sin consecuencias. Una de ellas es la llegada del patrimonio tradicional a organismos del estado encargados de “salvaguardar” estos bienes, una burocracia que, al decir del investigador Carlos Guzmán Cárdenas (1999), tiende a reducir la dinámica de la tradición a estrechos moldes creados por funcionarios no siempre dotados del conocimiento y sensibilidad necesarios. *Como si la cultura por la que vivimos fuese asunto exclusivo de burócratas, leyes, subsidios, arreglos organizacionales y transacciones de mayor o menor cuantía entre autoridades regionales y directivos del organismo rector.*

De este modo la injerencia de organismos oficiales tiende a centrarse en ociosas discusiones de políticas culturales, papel del Estado y del mercado, financiamiento dependiente de agentes municipales y de institucionalidad cultural *-que si un Ministerio, un Consejo u otro dispositivo-*, incluyendo regulaciones para la industria de la comunicación y similares. De ahí que, entre muchos avatares, un bien espiritual puede quedar reducido a simple *moda, imagen* y a otros patrones de manejo superficial y hasta demagógico, de ahí el cuidado que debe observar la inserción de una herencia espiritual en el laberinto urbano, tema que requiere detenida investigación.

En conclusión, si bien no es posible conocer orígenes y trayectoria de la fiesta tradicional, desde predios rurales, se sabe que, en su rol de expresión espiritual, se va impregnando de trazos de historia en medio de indetenibles cambios que resemantizan no sólo el concepto de fiesta, sino el de la cultura misma.

Referencias

- Calcaño, José A. 1980. La ciudad y su música. Caracas: Fundarte, p. 518.
- Cervigón, Fernando. 1980. Cantares margariteños. Caracas: Editorial Dimensiones. p. 17-18.
- De Beneditis, Vince. 2002. Presencia de la música en los relatos de viajeros del siglo XIX. Caracas: Fondo editorial e Humanidades y Educación. UCV.
- Fuentes, Cecilia y Daría Hernández (s.f.) Fiestas tradicionales de Venezuela. Caracas: Fundación Bigott.
- Guss, David. 2005. "La venta de San Juan" (p. 37-82). En El estado festivo. Representación de la historia en una comunidad afrovenezolana. Caracas. Fundef.
- Guzmán Cárdenas, Carlos. (1999). Revista venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Tema central: Constituciones y Constituyentes. 5, 1. [Documento en línea] Disponible : http://www.ucv.ve/fileadmin/user_upload/faces/problemas_sociales_contemporaneos/CESOC/ENERO_MARZO_1_1999_CONSTITUCIONES_Y_CONSTITUYENTES.pdf (Consulta: junio 2017)
- Humboldt, A. de. 1985. Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. 5 vols. Caracas: Monteávila.
- Núñez, Jesús (2004) Los saberes campesinos: implicaciones para una educación rural. Investigación y Postgrado. 19, 2. [Revista en línea] Disponible: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-00872004000200003 (Consulta: junio 2017).
- Palacios, Mariantonia. 1999. Noticias musicales en los cronistas de la Venezuela de los siglos XVI-XVIII. Caracas: Fondo editorial de Humanidades y Educación. UCV.
- Diagramación: Sandra Peña Delgado.